

No. 6 - Setiembre - 1952



REVISTA INFANTIL NACIONAL

TOMO II

A LA LUZ DE LA LAMPARA

Enrique Banchs.

La lámpara tiene una luz tan serena y bella
que casi no parece que la luz sale de ella.
Tan silenciosa la hora, que uno cree que en la sombra
oye los ratoncitos correr sobre la alfombra.
Suena un trino. Es la hermana que trae la tisana
y vuelve la cuchara dentro la porcelana.
Ella, furtivamente, me mira por momentos
como para quitarme los malos pensamientos
que quieren empañarme la quietud de mi vida,
que ahora empiezo a querer porque está dolorida,
lo mismo que una madre que acaricia a su hijo
sólo cuando está enfermo. De un propósito fijo,
de un propósito humilde tengo el corazón lleno;
—Muchacho, si te sanas, tendrás que ser más bueno . . .
Suena otra vez un ruido. Y es del jardín vecino,
donde, hecho quejumbre, sube agua el molino.
La lámpara tiene una luz tan serena y bella,
que uno no cree que es lámpara: más bien es una estrella.



Revista Infantil Nacional
Publicada por la

FILIAL DE ANDE

Cantón Central de Heredia

Directora:

EVANGELINA GAMBOA

Tel. 124 - Heredia

Administración:

MARIA CRISTINA MARTÍNEZ

EMMA MORALES

Heredia — Costa Rica

Sumario:

A la luz de la lámpara	1
Tiene el leopardo un abrigo	2
El Angelus	3
Los deseos	4
Hormiguita y Ratón Pérez	7
Lohengrin	8
La pobre viejecita	12
Los primeros mamíferos	14
Página de los niños	16

SETIEMBRE 1952

Maderas: Francisco Amighetti.

VALE:

NUMERO 6

Dibujos a pluma: Juan Manuel Sánchez.

₡ 0.20

TIENE EL LEOPARDO UN ABRIGO...

Tiene el leopardo un abrigo
en su monte seco y pardo:
yo tengo más que el leopardo,
porque tengo un buen amigo.

Duerme, como un juguete,
la mushma en su cojinete
de arce del Japón: yo digo:
"No hay cojín como un amigo".

Tiene el conde su abolengo:
tiene la aurora el mendigo:
tiene ala el ave: yo tengo
allá en Méjico un amigo.

Tiene el señor presidente
un jardín con una fuente,
y un tesoro en oro y trigo:
tengo más, tengo un amigo.

José Martí.



EL ANGELUS

Pintado por Millet



Los deseos

Había un matrimonio anciano, que aunque pobre, toda su vida la había pasado muy bien trabajando y cuidando de su pequeña hacienda. Una noche de invierno estaban sentados marido y mujer a la lumbre de su tranquilo hogar en amor y compañía, y en lugar de dar gracias a Dios por el bien y la paz de que disfrutaban, estaban enumerando los bienes de mayor cuantía que lograban otros, y deseando gozarlos también.

—¡Si yo en lugar de mi hacecilla, decía el viejo, que es de mal terruño, y no sirve sino para revolcadero de un burro, tuviese el rancho del tío Polainas!

—¡Y si yo, añadía su mujer, en lugar de ésta, que está en pie porque no le han dado un empujón, tuviese la casa de nuestra vecina, que está en primera vida!

—¡Si yo, proseguía el marido, en lugar de la burra que no puede ya ni con unas alforjas llenas de humo, tuviese el mulo del tío Polainas!

—¡Si yo añadió la mujer, pudiese matar un puerco de 200 libras como la vecina. Esa gente, para tener las cosas, no tienen sino desearlas. ¡Quién tuviera la dicha de ver cumplidos sus deseos!

Apenas hubo dicho estas palabras, cuando vieron que bajaba por la chimenea una mujer hermosísima; era tan pequeña que su altura no llegaba a media vara; traía, como una reina, una corona de oro en la cabeza. La túnica y el velo que la

cubrían eran diáfanos y formados de blanco humo, y las chispas que alegres se levantaron con un pequeño estallido, como cohetitos de fuego de regocijo, se colocaron sobre ellos salpicándolos de relumbrantes lentejuelas. En la mano traía un cetro chiquito de oro, que remataba en un carbunclo deslumbrador.

—Soy el hada Fortunata, les dijo; pasaba por aquí y he oído vuestras quejas; y ya que tanto ansiáis porque se cumplan vuestros deseos vengo a concederos la realización de tres: uno a ti, dijo a la mujer; otro a ti, dijo al marido, y el tercero ha de ser mutuo, y en él habéis de convenir los dos; este último lo otorgaré en persona mañana a estas horas que volveré; hasta allá tenéis tiempo de pensar cuál ha de ser.

Dicho que hubo esto, se alzó entre las llamas una bocanada de humo, en la que la bella hechicera desapareció.

Dejo a la consideración de ustedes la alegría del buen matrimonio, y la cantidad de deseos que como pretendientes a la puerta de un Ministro les asediaron a ellos. Fueron tantos, que no acertando a cuál atender, determinaron dejar la elección definitiva para la mañana siguiente, y toda la noche para consultarla con la almohada, y se pusieron a hablar de otras cosas indiferentes.

A poco recayó su conversación sobre sus afortunados vecinos.

—Hoy estuve allí; estaban haciendo las morcillas, dijo el marido; ¡pero que morcillas! daba gloria verlas.

—¡Quién tuviera una de ellas aquí, repuso la mujer, para asarla sobre las brasas y cenárnosla!

Apenas lo había dicho, cuando apareció sobre las brasas la morcilla más hermosa que hubo, hay y habrá en el mundo.

La mujer se quedó mirándola con la boca abierta y los ojos asombrados. Pero el marido se levantó desesperado, y dando vueltas por el cuarto, se arrancaba el cabello diciendo:

—Por ti, que eres más golosa y comilona que la tierra, se ha desperdiciado uno de los deseos. ¡Mire usted, señor, qué mujer esta! ¡más tonta que un habar! Esto es para desesperarse; reniego de ti y de la morcilla, y no quisiese más sino que se te pegase a las narices.

No bien lo hubo dicho, cuando ya estaba la morcilla colgando del sitio indicado.

Ahora tocó asombrarse al viejo, y desesperarse a la vieja.

—Te luciste, mal hablado, exclamaba ésta haciendo inútiles esfuerzos por arrancarse el apéndice de las narices; si yo empleé mal mi deseo, al menos fué en perjuicio propio y no en perjuicio ajeno; pero en el pecado llevas la penitencia; pues nada

deseo, ni nada desearé, sino que se me quite la morcilla de las narices.

—Mujer, por Dios; ¿y el rancho?

—Nada.

—Mujer, por Dios; ¿y la casa?

—Nada.

—Desearemos una mina, hija, y te haré una funda de oro para la morcilla.

—Ni que lo pienses.

—Pues qué, ¿no vamos a quedar como estábamos?

—Este es todo mi deseo.

Por más que siguió rogando el marido, nada alcanzó de su mujer, que estaba por momentos más desesperada con su doble nariz, y apartando a duras penas al perro y al gato que se querían abalanzar a ella.

Cuando a la noche siguiente se apareció el hada y le dijeron cual era su último deseo, les dijo:

—Ya veis cuan ciegos y necios son los hombres creyendo que la satisfacción de sus deseos les ha de hacer felices.

No está la felicidad en el cumplimiento de los deseos, sino que está en no tenerlos; que rico es el que posee, pero feliz el que nada desea.

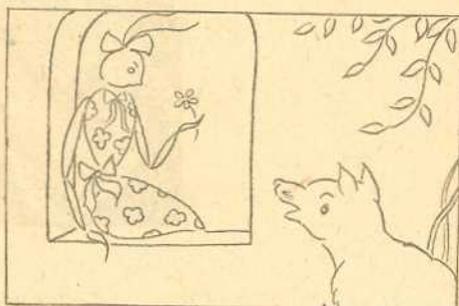
Fernán Caballero



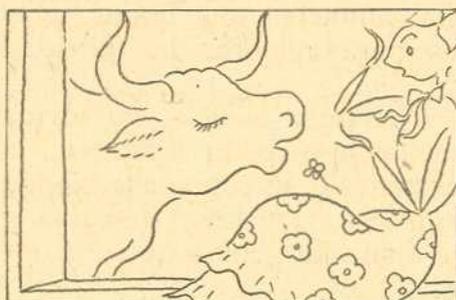
Hormiguita y Ratón Pérez



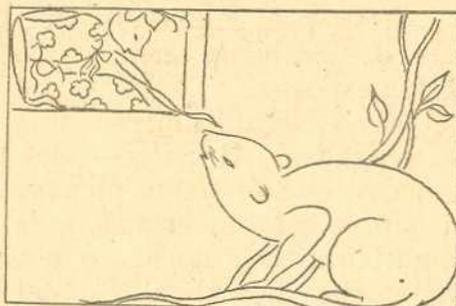
Hormiguita que barria,
un ochavo se encontró,
y piensa y piensa en seguida
que comprar que sea mejor.



Por cintas para su adorno
ella al fin se decidió.
Sentadita en su ventana
lució su gracia y primor.



Pasa Tío Toro, y al verla
al punto se enamoró...
pero sus dulces palabras
a Hormiguita dan pavor.



Pasan otros pretendientes
todos de terrible voz...
Pero al fin a Ratón Pérez
ella le ofrece su amor!

(Pero vean el mes que viene
la tragedia que pasó).

CHARADA

Mi primera es una nota musical
mi cuarta con segunda el nombre de un animal
mi tercera encontrarás en Liberia y en Limón
y en toda esta revista está mi solución.

Colaboración de la niña Carmen de María Ruiz Baldioceda,
V Grado - Escuela Perú.

Solución a las adivinanzas del N° 3:
1.—La colmena. 2.—La carta



LOHENGRIN

(Continuación)

Ahora el conde Federico y la hechicera Ortrudis, despojados de sus riquezas y honores, arrastran su vida miserable pidiendo limosna a la puerta de los palacios.

Elsa y el Caballero del Cisne anuncian sus bodas, y el país de Brabante arde en fiestas para celebrar la felicidad de los esposos.

Pero Ortrudis, llena de hiel y perversa ciencia, no olvida su venganza. Al palacio de Elsa llega a pedir limosna; la princesa, que se siente plenamente dichosa, se conmueve viendo en tan miserable estado a la orgullosa Ortrudis, descalza y hambrienta en la noche. Y la acoge a su lado, como quien acoge una culebra fría al calor de su pecho.

Ortrudis alaba con fingidas palabras la generosidad de Elsa, deseándole larga dicha junto al desconocido. Pero al mismo tiempo vierte arteramente en su alma las primeras dudas con estas palabras:

—Reine muchos años en Brabante el Caballero del Cisne, y quiera el cielo que el mismo misterio que nos lo trajo no nos lo arrebatase sin que sepamos evitarlo.

Estas palabras emponzoñan el corazón de la princesa. Su amor por el caballero le hace temer el misterio que le rodea, creyéndole víctima de algún hechizo. Y a medida que la duda se apodera de ella, crece la osadía de Ortrudis, insinuándole nuevas sospechas. ¿Por qué no dice su nombre ni su raza el Caballero? ¿Tan vergonzoso es su origen, que no se atreve a confesarlo? ¿Tan poca fe tiene en la que va a ser su esposa, que ni a ella misma quiere descubrirse?

Elsa arroja de su lado a la perversa Ortrudis, tapándose los oídos para no escuchar tales palabras. Pero su corazón tiembla de dudas y de miedo, y la risa desaparece de sus labios.

Hoy se celebran las bodas de Elsa de Brabante y el Ca-

ballero del Cisne. Acaban de tocar diana los centinelas de las torres. En la ancha plaza, frente al templo, congrégase el pueblo brabantón, apretándose contra la doble hilera de soldados que guarda el paso del cortejo nupcial.

Del palacio de las mujeres sale la hermosa Elsa, deslumbrante de blancura, seguida de una larga fila de doncellas. Del palacio de los caballeros sale el desconocido, seguido de sus pajes y escuderos. Ante las gradas del templo se juntan y se cogen las manos.

De pronto un mendigo harapiento se adelanta y se lanza a las gradas altas gritando. Es el conde Federico, excitado por las palabras y consejos de su esposa:

—¡Atrás, impostores! Escúchame, pueblo de Brabante. El fallo de Dios fué profanado por un sortilegio. Cuando ese hombre me venció en el campo del juicio nadie se atrevió a desenmascararle diciéndole estas sencillas palabras: «¿Quién eres tú?». Nadie le conoce; un cisne le trajo misteriosamente, y sus artes de magia le dieron el triunfo. Un hombre así no puede ser nuestro rey. ¡Que declare su nombre y su raza! ¡Que nos descubra su origen! Si no, aquí, delante del pueblo, ¡yo le acuso de impostor!

A estas palabras millares de manos se alzan furiosas contra Federico, y el tumulto del pueblo le rodea amenazador. El Caballero calma a todos levantando su mano, y dice:

—Nobles brabantones; cuando llegué a vuestro país sólo una cosa pedí públicamente: que mi secreto fuera respetado. Jamás conviviré con aquel que no tenga fe en mí. No he de contestar al miserable que me interroga. Pero si vosotros quisierais descubrir el misterio, tampoco a vosotros os respondería. Sólo a Elsa contestaré. Que ella me pregunte.

Y Elsa respondió, poniéndole su mano sobre los labios:

—Nada necesito saber. Tengo fe en ti, Caballero del Cisne.

El pueblo prorrumpió en aclamaciones; las puertas se abrieron de par en par y el cortejo nupcial penetró en el templo.

Sentados sobre el lecho, con las manos enlazadas, están los esposos. Por el ventanal, sobre el jardín, se ve un gran cuadro de noche clara, con flores y estrellas.

Habla Elsa en voz baja:

—Tú, Caballero desconocido de todos, no eras desconocido para mí. En sueños te vi antes sobre tu barca encantada, el mismo día que el niño Godofredo desapareció en el bosque. Desde entonces te amaba. ¡Qué desdicha no poder, aquí a solas, bendecir tu nombre!

—¡Elsa!

—Tú me salvaste una vez de la vergüenza y de la muerte. Si un día te amenazara a ti un peligro, ¡qué felicidad poder dar mi vida por salvarte! Nunca me abandonarás esposo querido. ¿No volverá a arrebatarte de mi lado el cisne que conducía tu barca?

—Calla, Elsa; no temas.

—Me da miedo el misterio que te envuelve. Por milagro apareciste, y temo que milagrosamente desaparezcas también sin que yo pueda hacer nada por evitarlo. ¿Tan terrible es tu secreto, esposo mío?

—No temas: nada tenebroso hay en mi vida. Vengo de un país de luz.

—¡Oh, de cuál! Tus palabras me llenan de confusión. ¿Por qué a tu propia esposa no puedes decir tu nombre?

—No me preguntes. Guarda siempre la fe jurada.

—No te dé miedo descubrirte a mí, que jamás mis labios traicionarán tu secreto. ¿De qué país vienes? ¿Cuál es tu nombre?

A estas palabras el Caballero se yergue, solemne y grave. Su mirada severa aplasta a la infeliz.

—¿Qué has hecho, Elsa? La felicidad ha huído de nosotros. Más fuerte ha sido en ti la curiosidad que el amor y los juramentos. Desdichada, engalánate con tus blancas vestiduras y vete al amanecer ante la encina de los juicios. Allí, delante del rey y del pueblo, sabrás mi nombre y mi raza.

Y lleno de amarga tristeza abandona la estancia lentamente, mientras Elsa llora sobre el lecho.

En la ancha pradera, a orillas del Escalda, se agolpa el pueblo en torno a la encina. El rey Enrique preside la asamblea, a la sombra del árbol sagrado.

Elsa llega, blanca y fría, sostenida por sus doncellas. El Caballero se adelanta hasta la encina, con su armadura de plata, su casco de largas crines y su capa blanca, donde hay bordada una paloma. Y con voz firme habla así:

—Rey Enrique, pueblo de Brabante, escuchad: ante vosotros, lleno de dolor, yo acuso de perjuración a esta mujer, a la que ama mi corazón. Contra el juramento que aquí me hizo, ha querido saber mi nombre y mi patria. Y voy a declararlos públicamente. ¿Quién de vosotros se preciará de ser más grande que yo.?

Un profundo silencio se hace en la pradera. Elsa desfallecida cae de rodillas sobre la hierba. El Caballero continúa:

—Hay en las selvas de Alemania, en un lugar sagrado, un castillo de luz llamado Monsalvat. Allí se guarda la copa

de la Sagrada Cena, que custodian los hombres puros de corazón. Una celeste paloma vuela hasta la copa todos los años para renovar su esplendor. ¡Es el Santo Graal! Los caballeros que lo guardan quedan investidos de celestial poder y caminan invencibles por el mundo defendiendo a los inocentes y a los débiles. Pero deben, en cambio, guardar impenetrable el misterio de su vida. Y el día que se descubre, la ley severa del Graal les ordena regresar de nuevo a su país. De allí vine yo a defender a vuestra Elsa. Mi nombre es Lohengrin; mi padre es Parsifal, el santo rey del Graal. Y ahora, pueblo de Brabante, adiós; mi ley me ordena partir al descubrirse el misterio.

Un grito desgarrador se oye en la pradera. Elsa se arrastra de rodillas a los pies de Lohengrin. El pueblo aclama al héroe sagrado, suplicándole que permanezca a su lado.

Lohengrin impone silencio a todos, y besa, llorando a la pobre Elsa, que se retuerce de dolor a sus pies. Entonces, sobre las aguas del río, aparece el cisne remolcando la barca encantada. Lohengrin acaricia el cuello del cisne tristemente, y volviéndose al pueblo habla por última vez:

—He aquí al pobre cisne, que sufrirá aún más que yo por el perjurio de Elsa. Transcurrido un año de fe a vuestro lado el cisne se hubiera salvado del sortilegio que le encadena y hubiera recobrado su forma humana. Porque sabed todos que este cisne es el hermano de Elsa, el príncipe de Brabante.

Al oír esto, abriéndose paso a empujones, avanza la bruja Ortrudis con los ojos llameantes de gozo infernal, gritando:

—Yo fui quien lo robó en el bosque y lo transformó en animal, sujetándole al cuello una brida de oro. ¡Llora a tu príncipe, pueblo de Brabante! Matadme si queréis; nadie me quitará el placer de mi venganza.

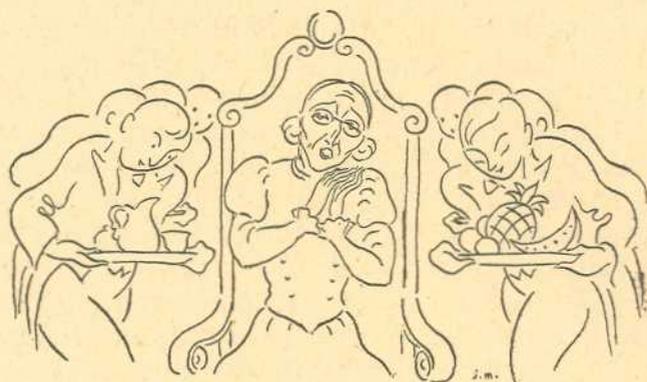
Entonces aparece en el aire la blanca paloma del Graal y comienza a volar sobre la barca. Lohengrin cae de rodillas, y comprendiendo el celeste aviso, corta con su espada las bridas de oro. El cisne se sumerge en el agua y en su lugar aparece un hermoso adolescente: es el príncipe Godofredo.

Un grito de admiración conmueve toda la pradera. El joven Godofredo se adelanta a saludar a su pueblo y abraza luego a su hermana, que le besa llenándole de lágrimas.

Lohengrin sujeta las bridas al cuello de la paloma y, conducida por ella, la barca se desliza río abajo hacia el mar.

El pueblo despide tristemente al héroe. Elsa vuelve sus ojos hacia el río y cae desmayada en brazos de su hermano.

La barca encantada se interna en el mar y ya sólo se ve a lo lejos, relumbrando al sol, la armadura de plata de Lohengrin.



LA POBRE VIEJECITA

Rafael Pombo.

Erase una viejecita
sin nadita que comer
sino carne, frutas, dulces
tortas, huevos, pan y pez.

Bebía caldo, chocolate,
leche, vino, té y café,
y la pobre no encontraba
qué comer ni qué beber.

Y esta vieja no tenía
ni un ranchito en qué vivir
fuera de una casa grande
con su huerta y su jardín.

Nadie, nadie la cuidaba
sino Andrés y Juan y Gil
ocho criadas y dos pajes
de librea y corbatín.

Nunca tuvo en que sentarse
sino sillás y sofás
con banquitos y cojines
y resorte al espaldar.

Ni otra cama que una grande
más dorada que un altar,
un colchón de blanca pluma,
mucho seda y mucho holán.

Y esta pobre viejecita
cada año, hasta su fin,
tuvo un año más de vieja
y uno menos que vivir.

Y al mirarse en el espejo,
la espantaba siempre allí
otra vieja de antiparras,
papalina y peluquín.

Y esta pobre viejecita
no tenía que vestir
sino trajes de mil cortes
y de telas mil y mil.

Y a no ser por sus zapatos,
chanclas, botas y escaquin,
descalcita por el suelo
anduviera la infeliz.

Apetito nunca tuvo
acabando de comer,
ni gozó salud completa
cuando no se hallaba bien.

Se murió de mal de arrugas
ya encorvada como un 3,
y jamás volvió a quejarse
ni de hambre ni de sed.

Y esta pobre viejecita
al morir no dejó más
que onzas, joyas, tierras, casas
ocho gatos y un turpial.

Duerma en paz y Dios permita
que logremos disfrutar
las pobrezas de esa pobre
y morir del mismo mal.

Los primeros mamíferos que habitan en la Tierra

Después de la época de los grandes reptiles, hace cientos de cientos de años, poblaron la tierra los mamíferos, animales más inteligentes que los anteriores, más desarrollados, con sangre caliente y con su cuerpo cubierto de pelo que les daba protección contra el frío.

Entre esos animales se encontraron el mamut y el mastodonte, semejantes a los elefantes de hoy, pero de mayor tamaño. El mamut llegó a tener una altura de 3,50 metros y colmillos de 3 metros de longitud. Algunos de estos mastodontes tuvieron colmillos curvos en forma de medio círculo.

El Smilodon fué entre los mamíferos uno de los animales más feroces, semejante al tigre, provisto en su mandíbula superior de dos fuertes y largos colmillos con los que destrozaba su presa.

Había por esos tiempos rinocerontes con cuernos en la cabeza, zorras y muchos otros animales.

Vivió después, cuando el clima de la tierra fué menos frío, el antecesor del caballo, al que se ha llamado Eohipus y que era del tamaño de una zorra, con cuatro dedos en las patas anteriores y tres en las posteriores.

Muchos de estos animales desaparecieron, pero nuevas variedades que conservaban semejanzas con las anteriores poblaron la tierra, y algunas veces, dieron origen a animales diferentes. Este mismo cambio y transformación lo sufrieron las plantas. Las plantas y animales de hoy son descendientes de plantas y animales que vivieron en tiempos pasados.



MAMUTS y MASTODONTES,
mucho más grandes que los elefantes.

(De una pintura de Charles R. Knight).



EL SMILODON,

uno de los más fieros animales, provisto de dos fuertes y largos colmillos.

(De una pintura de Charles R. Knight).



EOHIPUS,

el primer caballo, tan peñueno como una zorra,
con cuatro dedos en sus patas anteriores y tres en las posteriores

(De una pintura de Charles R. Knight).



ANOCHECIENDO

María Ortiz - V Grado.
Escuela América - San José.

EN EL ARROYUELO

En el arroyuelo jugueteaban las ranas,
las hojas de limón caían en el río
y las piedras estaban bañadas de fresco rocío.
El sol ya se asomaba en el claro horizonte
y muchos enanitos jugaban en el monte.
Muy blanca la barba, muy rojo el vestido,
los enanitos, juegan en las mañanas
claras del estío.

Neftaly Madrigal C.
V. Grado.—Heredia.